

ESTILOS DE CRIANZA
EN El cuerpo en que nació
de **GUADALUPE NETTEL**



● SELENE VERCARA

SIN TÍTULO / FOTOGRAFÍA / 2013

***EL CUERPO EN QUE NACÍ*, DE LA ESCRITORA MEXICANA GUADALUPE NETTEL, ADEMÁS DE PLASMAR UNA ESPECIE DE CATARSIS QUE ALUDE A SU HISTORIA PERSONAL, PROVOCA UNA SERIE DE CUESTIONAMIENTOS RELACIONADOS CON LOS CONFLICTOS DE UN MÉXICO DE LOS AÑOS 60, EN PARTICULAR, LOS ESTILOS DE VIDA Y DE CRIANZA TRADICIONALES FRENTE A AQUELLOS PROPIOS DE UNA ÉPOCA LIBERAL LIDERADA POR HIPPIES Y, CON ELLO, UNA MIRADA CRÍTICA SOBRE LA CONCEPCIÓN DE LA INFANCIA.**

La niña, protagonista y narradora de la historia, de la cual no se revela nunca su nombre, nos presenta una reconstrucción con diferentes vertientes, las cuales ponen en tela de juicio las divergencias intrínsecas en la concepción de la infancia. La narradora, desde esa visión pueril padece dos tipos de crianza que conforman una antítesis. Por una parte, la educación concienzuda de unos padres liberales, y por otra, la figura autoritaria de una abuela vigilante de la norma que encasilla a la niña de acuerdo al rol social que le corresponde.

Al inicio de la novela, la niña y su hermano menor reciben de sus padres la primicia invaluable de la comunicación y la honestidad como virtudes esenciales para la relación entre padres e hijos. En primera instancia, parece muy conveniente para desarrollar una relación sana; sin embargo, esta postura se ve trastocada hasta el límite cuando surge el tema de la educación sexual.

—¿Para qué tiene la gente relaciones sexuales? [Pregunta la niña.]

—Para sentir placer — respondían al unísono los dos adultos sentados en la parte de delante.

Mientras mi hermano se entregaba absorto a la contemplación de los coches que circulaban por la calle, yo volvía al ataque:

—¿Pero qué quiere decir eso?

—Algo que nos gusta mucho, como bailar o comer chocolates.

¡Comer chocolates! Con una respuesta así, lo

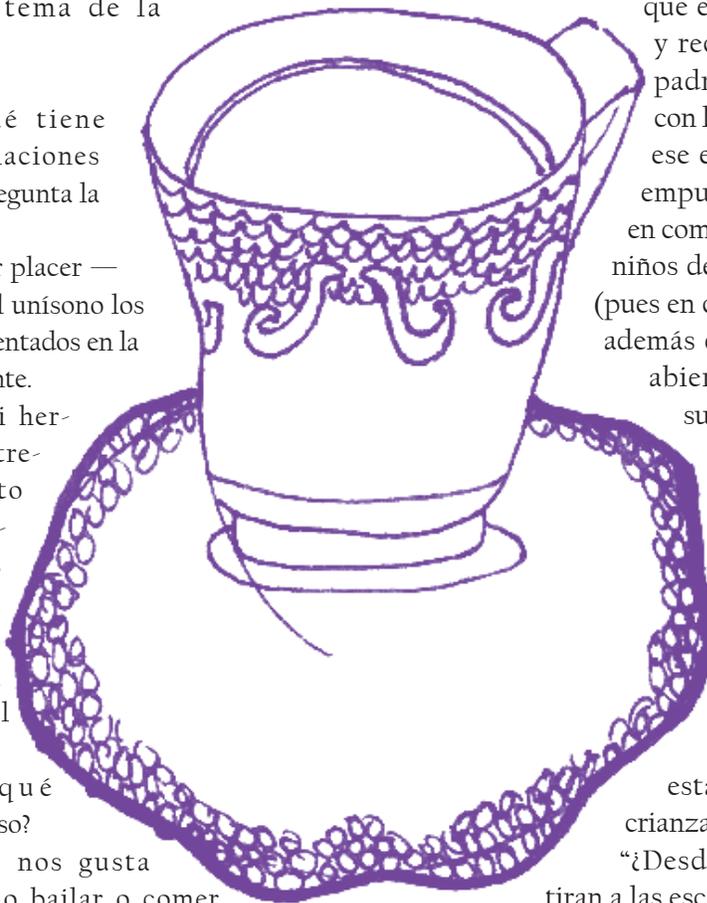
más probable es que a una niña se le antojara encerrarse esa misma mañana en el baño del colegio con el primer varón que encontrara en su camino. (Nettel, 2011: 25).

La narradora describe la facilidad con que sus padres manejaban estos temas y el impacto inconsciente en la psique de ella, que solo pudo vislumbrar las implicaciones contraproducentes hasta reflexionarlo desde la etapa adulta. Esta sobreexposición también se evidencia al introducir a Irene y sus hermanas, niñas con quienes la protagonista comparte una amistad y con quienes atestigua una costumbre poco ortodoxa: “Los padres de Irene tenían la costumbre de ceder a sus impulsos sexuales delante de sus hijas y sin importar el lugar de la casa en el que estuvieran” (Nettel, 2011: 27).

Este ejemplo, entre otros que se presentan en la novela, connota una generación que experimentó con su libertad y rechazó cualquier norma: los padres de la niña y los adultos con los que se relacionaban tenían ese espíritu transgresor que los empujaba incluso a establecerse en comunas, donde despojaban a los niños de su sentido de la propiedad (pues en colectivo todo se compartía); además de consensuar matrimonios abiertos y erradicar de manera superficial cualquier tabú.

Dicha generación se construye desde los ideales hippies de los 60 y representa, dentro de la novela, una antítesis transgresora de la figura autoritaria, tradicional y delimitante que corresponde al papel de la abuela como tesis en esta dicotomía antagonista de crianza:

“¿Desde cuándo las galletas le tiran a las escopetas? —Con lo cual quería decir que los niños no deben pedir cuentas a los adultos” (Nettel, 2011: 55). La abuela responde a la



COMO LA MUJER ERA UNA 'ETERNAL MENOR' HABÍA UNA CONTINUIDAD ENTRE LA NIÑA Y LA ADULTA. LA NIÑA PASABA DE LOS PAÑALES, DIRECTAMENTE, A VESTIRSE DE SEÑORA

niña con censura incuestionable sobre la situación de sus padres y el porqué había quedado, junto con su hermano, a cargo de ella. Después de haber estado acostumbrados a la comunicación total y avasallante con sus padres y en específico con la madre (ya que el padre queda relegado de responsabilidad en el argumento de la novela), regresan a una condición limitante propia de la infancia. Celia Amorós explica dicha condición:

Pues a los niños y a las mujeres se les ha adjudicado la inocencia, el vivir al margen del mundo: “de esto no se habla delante de las señoras”, “de esto no se habla delante de los niños”. Ambos son objeto de asignación de tareas específicas, de tareas domésticas o de deberes. (Amorós, 2005: 97).

La niña y el niño desde un nivel inferior se colocan en la periferia, como se ha colocado a la mujer a lo largo de la historia, y con ello, surgen las asignaciones en desventaja determinadas por el género: “Las niñas, por supuesto, tampoco debían andar por ahí, ‘de bolas sueltas’ en la calle, jugando con los varones, y mucho menos subiendo por las ramas de los árboles” (Nettel, 2011: 57), sentencia la abuela al ver el comportamiento de “niño” que tenía su nieta. La forma de vestir también debía “corregirse”:

Así fue como yo, aficionada a los jeans y a los pantalones deportivos que permiten escalar con mayor comodidad las bardas de piedra, tuve que regresar varias décadas atrás en el sistema de la moda e incorporar a mis atuendos cotidianos vestidos con encaje y zapatos de charol. (Nettel, 2011: 56).

Amorós explica este conservadurismo en la vestimenta con la condición de “menor” de la mujer. Siempre

es menor, y su crecimiento prevalece de manera horizontal negando, por supuesto, autonomía, decisión o destellos de su sexualidad: “Como la mujer era una ‘eternal menor’ había una continuidad entre la niña y la adulta. La niña pasaba de los pañales, directamente, a vestirse de señora” (Amorós, 2005: 96).

Con estos dos personajes: madre/abuela, se construye el antagonismo generacional de dos tipos de crianza que, si bien en sus extremos denotan las carencias y contraproducentes resultados, no intuye ni propone una síntesis esclarecedora; no obstante, deja a la intemperie una inevitable reflexión sobre qué pensamos que es la infancia y cómo debería de ser.

Para mí, lo supuestamente maravilloso que tiene la infancia, según mucha gente, es una de esas jugarretas que nos tiende la memoria. Por más diferencias que existan entre una vida y otra, estoy convencida, doctora Szlavski, de que ninguna niñez puede ser del todo placentera. Los niños viven en un mundo donde la gran mayoría de sus circunstancias son impuestas. Otros deciden por ellos. (Nettel, 2011: 130).

Con esta última reflexión, la protagonista revela lo mitificada que puede llegar a estar la infancia, y el transfondo crudo que resulta imperativo ver de cerca. Dos estilos de crianza, tradicional y liberal, se entrelazan en esta novela generando una historia cándida, entretenida y apabullante en la cual vale la pena detenerse a observar. ◆

REFERENCIAS

- Nettel, G. (2011). *El cuerpo en que nació*. Barcelona: Anagrama.
 Amorós, C. (2005). “La dialéctica del sexo de Shulamith Firestone: modulaciones feministas del freudomarxismo” en Amorós, C. y De Miguel, A. (Eds.). *Teoría feminista. De la Ilustración a la globalización*. V. 2. Madrid: Editorial Minerva.